

<b>Medio</b>	El Mercurio
<b>Fecha</b>	3-5-2014
<b>Mención</b>	Desmitificando el caso Zamudio. Mención al Premio Periodismo de Excelencia de la UAH.

# DESMITIFICANDO EL CASO ZAMUDIO



Tras dos años de investigación, el periodista Rodrigo Fluxá lanza esta semana *Solos en la noche*, el libro donde reconstruye el verdadero camino recorrido por Daniel Zamudio y sus cuatro asesinos antes de llegar esa noche de marzo de 2012 al Parque San Borja. Aquí el adelanto del capítulo que relata la tortuosa relación de Zamudio con un ejecutivo bancario.

# A

l principio, Juan Ignacio tuvo veinticinco años. Cuando Daniel Zamudio, de madrugada, a finales del 2006, se le acercó en la pista de baile del Club Miel, en la esquina de Francisco Bilbao con avenida Italia, Juan Ignacio dijo que tenía veinticinco años. Los aparentaba. Alto, rubio, de ojos claros, piel tersa, no desentonaba en el lugar, al que solía ir gente bastante menor.

Daniel no se calló esa noche. Mientras bailaba, y tras un par de horas, Juan Ignacio, ingeniero, ejecutivo de un banco, de una familia reconocida del sur, tenía la sensación de que lo conocía desde hacía tiempo. Pese a no haber terminado el colegio, a no haber salido nunca de Chile y a trabajar en San Bernardo haciendo completos, a Daniel nunca le faltaba tema, y sabía guiar las conversaciones hacia las áreas que le acomodaban. Era divertido y ocurrente. Imitaba muy bien a Sandro y a Shakira. Cuando alguien hablaba sobre algo que desconocía o, peor, le preguntaba sobre asuntos personales, sobre su vida, él respondía: “Ay, qué latero”.

Se gustaron. Juan Ignacio le pidió el número, pero Daniel no tenía celular; en ese entonces todavía le costaba comprarse uno y cuando finalmente lo hacía, o se lo regalaban, los perdía con una regularidad asombrosa. Algunos no duraban ni siquiera el fin de semana.

Le dio el correo. Salieron un par de veces. Daniel era apabullante: los planes e intereses que decía tener eran multitud, desde entrar a la universidad a exposiciones artísticas. Al mes, ya no había noche que no durmiera en el departamento de Juan Ignacio en el barrio El Bosque, en Providencia. Lo que partió como una solución práctica para evitar los viajes a San Bernardo, casi una hora en micro, terminó con una pieza amoblada exclusivamente para él. A sus ojos, como le contó a Rosita en el local de completos, era un palacio. Todo el asunto debe haberle parecido una especie de rescate, una respuesta a sus plegarias, más que el inicio de una relación. Le había dicho muchas veces a su hermana Ivania:

“Quiero salir de este hoyo, lo único que quiero es salir de este hoyo”.

Estaba afuera. Con Juan Ignacio iba al cine, comía en restaurantes, viajaba a la playa por el fin de semana, paseaba en bicicleta y conocía gente nueva, gente que no sabía su historia, que no le recordaba en nada a San Bernardo.

Dejó de ver casi completamente a su familia, volvía con suerte dos veces al mes. Para su cumpleaños, recuerda su hermano, estuvo unos minutos con la cara larga y a la mitad partió, sin avisar, a una fiesta en Santiago, dejando a todos los invitados en la casa de su papá.

“No le creíamos nada –dice Diego, su hermano–. Contaba tantas maravillas de cómo lo pasaba, que tenía amigos en La Dehesa, que tenía una cama de dos plazas, que tenía nana, y nosotros somos gente humilde. Sonaba a mentira”.

Daniel invitó al departamento de Providencia a su hermana y a su prima, en ocasiones separadas. Había un aire de triunfo en esas visitas, en los *tours* guiados en que mostraba las habitaciones, el baño, la cocina. Lo sentía como la reafirmación de lo que siempre había dicho, que la vida que vivía antes no era para él, que nacer donde había nacido había sido una suerte de accidente, un malentendido que finalmente se había corregido. Todo lo que le había dicho a su hermano era verdad. Les hizo de anfitrión, les preparó comida, las sacó a Bellavista. No se despegaba de Juan Ignacio. A ambas les chocó un poco lo fundidos que andaban los dos: se hablaban uno a otro como si fueran guaguas. Daniel se veía genuinamente feliz.

Al principio Juan Ignacio tenía veinticinco, pero resultó que tenía treinta. Y Daniel, diecinueve recién cumplidos. A sus amigos les preocupaba que pudiese involucrarse más de la cuenta. Conocían la historia de memoria, la veían cada fin de semana: alguien resuelto, exitoso, se encapricha unos meses con un joven impresionable y después de usarlo, de mostrarse con él en público, lo cambia por otro. Su mamá, con quien hablaba a veces por teléfono, y quien iba y volvía del norte, siempre le aconsejó: “No te des totalmente. Él tiene recursos, tiene todo al alcance de la mano, nació así. Puede tener al lado a la persona que quiera. Si él te hace algo malo, hazle tú lo mismo de vuelta, pero que no se entere”.

La edad, en realidad, no le importaba a Daniel. Cuando supo lo de los treinta años, le dio risa y ternura, por lo innecesario del invento. Él, cuando salía a bailar con amigos, se presentaba como un quinceañero. Era consciente del atractivo de la minoría de edad en ciertos círculos, en ciertos hombres mayores. Y tenía su cara, su sonrisa, sus ojos intactos. Pese a todo lo que había vivido, a lo duro de su infancia, la cáscara irradiaba inocencia y juventud.

Comenzó a comprarse cremas para las arrugas. Le tenía pavor a envejecer.

Tampoco había espacio para enojarse con la mentira. Él le había dicho a Juan Ignacio que venía de una familia de clase media, “normal, como todas”. A los cuatro meses finalmente lo llevó a San Bernardo a conocer a sus papás. Juan Ignacio se impactó al ver la casa, las zapatillas colgando del alambrado en la calle, la entrada mal pintada, los muebles viejos, los espacios diminutos, lo rústico del baño, pero lo disimuló muy bien. Iván Zamudio, el padre, quedó admirado al ver el interior del auto en que llegaron, un Rover clásico que tenía los paneles cubiertos con madera de imitación. Con todo, la jornada fue bastante tranquila. Tomaron onces; no había casi nada que ponerle al pan.

A Jacqueline le encanta contar que esa tarde los dos se pusieron las argollas de compromiso y que hablaron de cómo iba a ser su matrimonio y su vida cuando dejaran Chile. La verdad es que eso nunca ocurrió, que el invitado cumplió con lo mínimo; fue respetuoso y caballero, a todos les simpatizó. Pero no volvió a ir. Para él fue una pequeña molestia, un trámite, pero lo hizo a gusto porque le interesaba Daniel. Todo había comenzado como una atracción netamente física, pero había aprendido a querer su frescura, la libertad con que vivía, ese vértigo de no preocuparse realmente por lo que pasara al día siguiente. Era más joven, sí, pero también más resuelto en una faceta que para Juan Ignacio había sido un largo y complicado proceso: él había reconocido tardíamente su homosexualidad, en su trabajo y familia aún no lo sospechaban, y había tenido solo una pareja seria antes de Daniel. En más de una forma, se sentía enamorado. Ese día, se fue de la Villa Loncomilla entendiendo un poco más de dónde venía el niño con el que compartía su cama.



Por primera vez en su vida, Daniel sintió que estaba donde merecía estar. Cada mañana, cuando Juan Ignacio salía al

banco, quedaba desocupado, a sus anchas en el departamento. Dormía siesta, invitaba a amigos o salía a comprarse ropa. Tras largas jornadas en el Parque Arauco y el Alto Las Condes, había renovado casi completamente su clóset. A sus amigos les hacía gracia. Le decían que se había ganado la “beca Juan Ignacio”. En una visita a San Bernardo le contó a su hermana que ya no sabía qué hacer con tanta plata, que le depositaban un millón al mes y que le tenían una tarjeta de crédito solo para él. Había perdido las proporciones: ya la mitad de esa cifra era una exageración, pero aun así esas cantidades eran una fortuna a ojos de su familia.

La situación en su casa estaba casi igual que cuando se había ido, y peor en algunos aspectos. Jacqueline seguía instalada en el norte, confiando a la señora Elena el cuidado de sus hijos. A veces se asentaba en Santiago un par de meses, entusiasmada al inicio, obligándose a retomar las viejas rutinas, pero poco a poco se iba apagando hasta que decidía viajar de vuelta. Para Daniel, pese a su aprobación inicial, era un herida que no cicatrizaba: hablaba con ella por teléfono, le contaba feliz los detalles de su nueva vida, pero cuando cortaba se hundía en el pecho de Juan Ignacio, palpando esa ausencia (...).

Al año juntos, Juan Ignacio comenzó a resentir el estilo de vida de Daniel, a sospechar que todos los planes que había escuchado cuando se conocieron jamás pasarían de ser eso, planes, fantasías. Daniel se había transformado en una especie de dueña de casa del barrio alto. Cuando Juan Ignacio volvía por las tardes del trabajo y veía que no había hecho nada en todo el día, le decía: “Al menos podrías ir al gimnasio”.

Lo inscribió en el Liceo Lasterria para que retomara los estudios, pero cuando llamó, tiempo después, le dijeron que Daniel jamás se había presentado a clases. Después le pagó un colegio en Providencia en que se podía cursar dos o hasta tres años en uno solo, con la esperan-

za de que sacara rápido el cuarto medio y con eso en la mano pudiera entrar en algún instituto y recuperar el tiempo perdido. Quería hacer que esos años en San Bernardo fueran solo un mal recuerdo que se difuminara mientras crecían juntos. Le parecía un plan lógico, beneficioso para todos. Esta vez Daniel sí intentó presentarse, hizo varios amigos en los recreos, pero dejó de ir sin avisarle a Juan Ignacio, que siguió pagando la mensualidad por casi medio año más. Le costó, además, un curso de manejo, pero Daniel nunca sacó la licencia. Ante la policía declaró:

“Era una persona de vida desordenada, no tenía prioridades ni objetivos personales ni laborales. Tenía su educación incompleta

y de una u otra manera traté de ayudarlo económicamente para que finalizara sus estudios, pero él, envuelto en mentiras, me hacía suponer que iba a clases, cosa que no era tal. No mantenía trabajos estables, era muy irresponsable, en todo momento le gustaba estar de fiesta, sin importar días ni horarios. Lamentablemente bebía mucho”.

Inevitablemente Juan Ignacio comenzó a actuar y a sentirse como el papá de Daniel, más que como su pareja. Cuando salían juntos, y dado que él era quien compraba los tragos, le controlaba la cantidad que tomaba. Pero cuando Daniel se juntaba con amigos, se desbandaba. Era capaz de gastarse cien mil pesos en una noche, solo porque podía

hacerlo. Si tenía plata, le gustaba demostrarlo. A veces Juan Ignacio lo iba a buscar a las fiestas y otras llegaba solo, de madrugada, haciendo ruido. Así las peleas se fueron multiplicando, algunas bastante violentas. En su declaración policial, Juan Ignacio recordó una vez que Daniel, muy bebido, intentó pegarle porque no lo dejaba ir en ese estado a bailar. Lo contuvo apenas, en medio de los gritos de ambos. Llegaron a un punto en que le tuvo totalmente prohibido ingerir alcohol. Apenas comenzaron la relación ya le había vetado fumar marihuana en su casa.

“Me fui dando cuenta de que la relación no podía seguir”.

Daniel comenzó a pasar mucho tiempo en el computador. Enri-

que González venía llegando a Santiago desde Punta Arenas y lo conoció en un chat gay, a principios del 2008. Daniel le contó que vivía solo en un departamento del barrio El Golf –y era cierto: se habían cambiado a un moderno edificio en la calle Alsacia– y lo invitó a conocerlo, siempre de día. Después le compró entradas para la primera edición de la fiesta electrónica Sensation White, que se hizo en la Estación Mapocho. Estaban bailando ahí cuando, en medio de la masa de invitados vestidos de blanco, apareció Juan Ignacio, que había ido con otro grupo de amigos. Enrique recuer-

da: “Fue muy incómodo, porque Daniel no había mencionado que tenía un pololo. Yo creí que el departamento, la plata para las entradas, todo era de él. Claramente algo no hacía feliz a Daniel en esa relación, si andaba buscando cosas por fuera”.

Al final, esa noche Daniel se quedó bailando, quejándose de su pololo. Y Juan Ignacio se fue de la fiesta. A las cuatro de la mañana, Enrique le dijo que se fueran juntos a su departamento, que ya era muy tarde, pero Daniel, como saliendo de un trance, se negó. Tomó un taxi y partió hacia El Golf.



Después de tres años de relación, Daniel comenzó a confundir su realidad con la de Juan

Ignacio; a creer que el departamento, la plata, la ropa, el computador, eran también suyos, que siempre habían estado ahí, que su vida había comenzado esa noche en el Club Miel. Había desarrollado una nefasta costumbre: en las fiestas se ponía a “rotear” a la gente, a desconocidos. Se les acercaba en el baño y les decía:

–Mírate, no podís ser tan flaute. Ordinario.

Así se metió en varias peleas. Los ofendidos no siempre se tomaban con humor los comentarios. Las pocas veces que volvía a San Bernardo también mostraba un aire de superioridad. Su her-

mana, a esas alturas su principal confidente, no lo podía creer: “Se acostumbró a la buena vida, a la plata fácil, le hizo mal. Le criticábamos harto eso, porque al final esa gente a la que roteaba era igual que él. Le decía que no había que humillar, pero no pesaba. Acá muchos empezaron a tenerle envidia”.

Daniel odiaba que lo aterrizaran, que le recordaran de dónde venía. Lo desencajaba. Reclamaba ruidosamente cada vez que se tenía que ir del departamento porque la familia de Juan Ignacio iba a visitarlo. Lo hacía sentir como un turista social, como un infiltrado.

Un guardia del Bokhara, un club que frecuentaba, también vivía en San Bernardo. Cuando lo veía en la puerta, haciendo

fila, gozaba diciéndole en voz alta, asegurándose de que todos escucharan:

–¿Pero qué estai haciendo acá? Devuélvete a San Bernardo. Si vos soi pobre.

Daniel se enfurecía, le respondía indignado, atento siempre a la gente que estaba mirando la escena. Pero al otro día, en la mañana, lo resentía sinceramente. No entendía por qué alguien querría sacarle en cara algo así.

Sebastián Gallardo, estudiante de Diseño, se hizo muy amigo de Daniel en ese tiempo. Salían juntos, le aguantaba sus excesos, y cuando aquel se peleaba con Juan Ignacio

lo recibía en el departamento que compartía con su mamá en las Torres de Carlos Antúnez. Ella no le tenía especial cariño a Daniel, lo había visto llegar tambaleándose, gritando, demasiado tarde, incluso en días de semana.

Su círculo de amigos tampoco; le llamaban a sus espaldas “Daniens”, por lo mal que pronunciaba algunas palabras. Como “bolsa”. A veces, cuando estaba en confianza, cuando se relajaba, decía “borsa”. Pero Sebastián lo quería y pasó años defendiéndolo, hasta que en una salida Daniel, ebrio, comenzó a gritarle al pololo de su amigo, tratándolo de “chulo”. Lo terminaron echando de la casa. Antes de cerrar la puerta, se dio vuelta y gritó:

–¡Me voy, y qué tanto!

La relación con Juan Ignacio mutó a la de dos amigos que por casualidad vivían juntos. Ambos veían a otra gente. Incluso le pagó un viaje a Buenos Aires, solo para poder estar tranquilo unas semanas. Luego Juan Ignacio estuvo meses tratando de terminar con él, en eternas discusiones que nunca lograban superar el punto más delicado: que se fuera del departamento. Daniel se aferraba a esa vida con ferocidad. En cierto momento amenazó con contarles al conserje y a los vecinos que Juan Ignacio era homosexual, con hacerle pasar esa vergüenza. Era un golpe bajo. Sentado en su

oficina del banco, Juan Ignacio sudó durante semanas mientras imaginaba a Daniel entrando por la puerta principal, haciendo escándalo, revelando a gritos delante de cajeros y gerentes el secreto que él tanto se había esmerado en ocultar.

En ese momento Juan Ignacio no estaba seguro de cuánto estaba Daniel interesado en él y cuánto en sus cosas. “No lo pude sacar de la casa, [no quería irse] creo yo por las comodidades que tenía, sin participar de los gastos que eso producía. Él nunca me ayudó con plata. Se mantuvo en el departamento con distintas excusas, lloraba, decía que no tenía dónde ir”.

El estilo de vida que podía permitirse con Juan Ignacio pudo ser una parte, una parte muy enten-

dible, de la renuencia de Daniel, pero, a su manera, lo seguía queriendo. Lo defendía cada vez que sus amigos le recomendaban terminar la relación. Entre fiesta y fiesta se daba cuenta de que nadie más se había interesado tan consistentemente en él. De hecho, solo se convenció de dejar el departamento cuando vio a Juan Ignacio saliendo de una disco con alguien tan joven como él mismo cuando se habían conocido. Y él ya tenía veintidós. Esa imagen le tocó el orgullo, sentía que estaba perdiendo lentamente lo único que tenía a su favor: su apariencia. La advertencia de sus amigos se había cumplido; finalmente lo

habían cambiado por alguien menor. Se juntó tiempo después con ese niño, sin saber bien qué esperar. En efecto, no sacó mucho en limpio. Enrique, con quien siguió siendo amigo tras el incidente de la fiesta electrónica, le dijo una vez: “Daniel, ¿qué esperas? La cara bonita dura un tiempo nomás. ¿Qué vas a hacer después? ¿Qué vas a tener para ofrecer?”.

Juan Ignacio le hizo la transición lo más sencilla posible. A principios de 2009 le arrendó una pieza en una pensión universitaria en Lautaro Ferrer con Pedro de Valdivia. Al dueño le dijo que era para un primo, mientras hacía los cheques. Valía

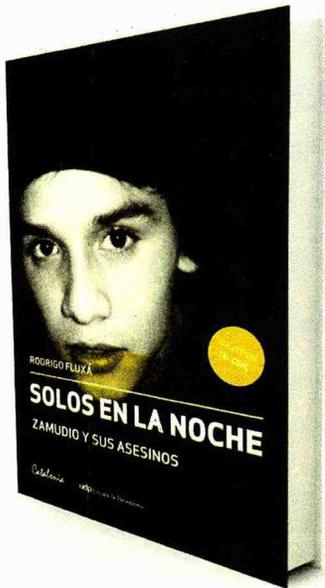
120 mil pesos al mes y tenía cable e internet. Le regaló una cama y un televisor. Para él, aunque suene mal, la separación fue un alivio. Y cada vez que alguien le insinúa que podría haber hecho más por Daniel –y que había sido una crueldad mostrarle toda esa plata, toda esa vida que no era la suya, para quitársela de golpe después–, responde lo mismo:

–Nunca en mi vida traté de hacer tanto por alguien. Él tuvo una vida como el forro, y yo al menos le di oportunidades. Conmigo, por un tiempo, llevó la vida que quería.

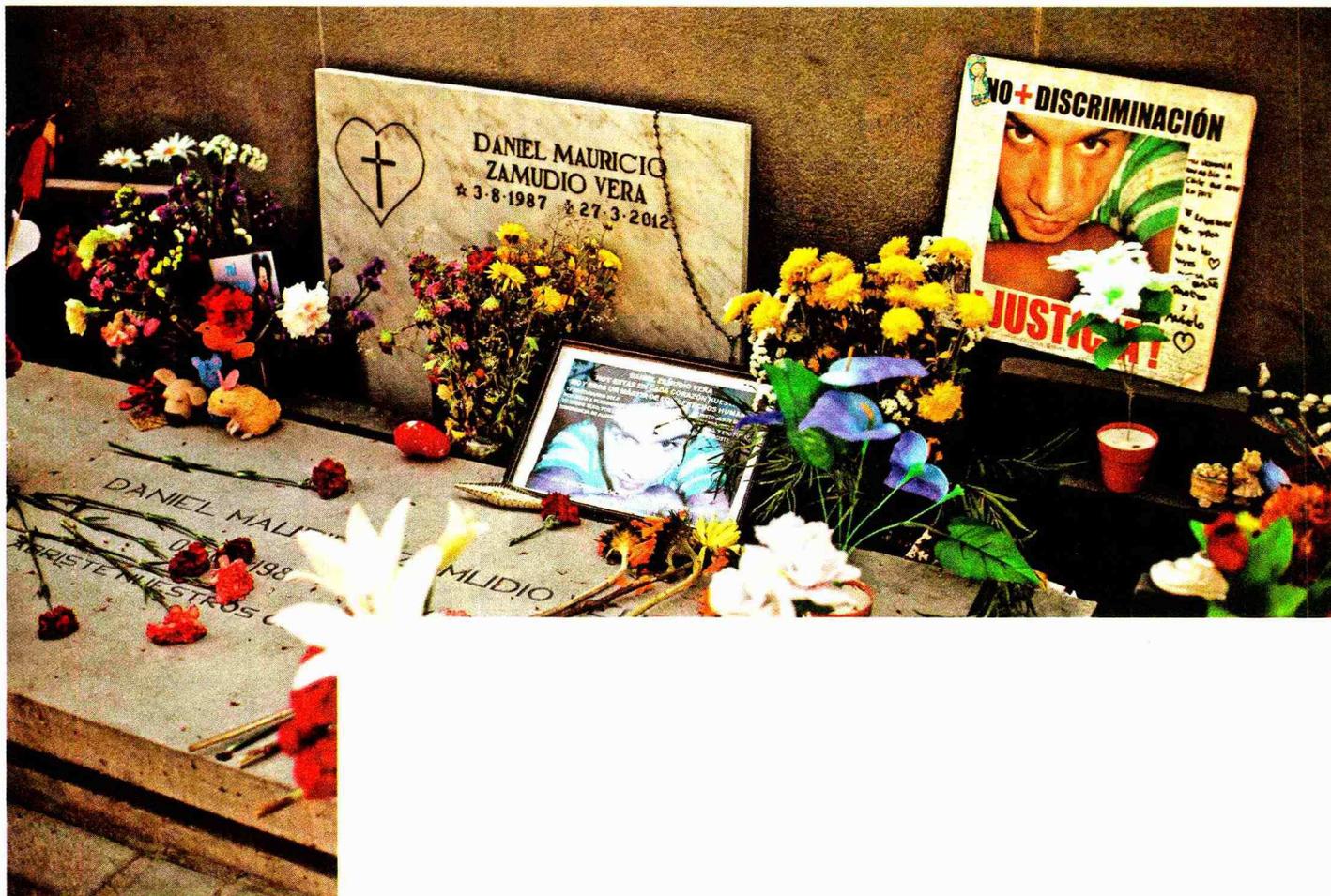
Hablaron un par de veces por teléfono, pero, como suelen hacer los amantes que ya no lo son, ter-

minaron perdiendo el contacto, transformándose en dos extraños con una historia en común. Juan Ignacio siguió con su vida. Solo detalles azarosos, espaciados, descontextualizados, le recordaban los tres años que había pasado con Daniel Zamudio. Una noche invitó a varios compañeros de la plana mayor de su trabajo a comer a su departamento. Tras la cena fue al bar a servir tragos. Pero cuando los invitados probaron sus vodkas notaron algo raro. Juan Ignacio revisó el resto de las botellas que tenía guardadas en la bodega para situaciones extraordinarias, para visitas especiales.

Todas estaban rellenas con agua. §



**“Solos en la noche. Zamudio y sus asesinos”** (Periodismo UDP / Catalonia), escrito por Rodrigo Fluxá, es producto de una investigación de dos años, que tuvo como punto de partida un artículo publicado en la revista “Sábado”, ganador de la categoría Mejor Reportaje del Premio Periodismo de Excelencia de la Universidad Alberto Hurtado. Para la elaboración del libro, el autor hizo 94 entrevistas, incluida la familia de Zamudio, además de consultar los expedientes judiciales del caso y de otros procesos asociados, y leer peritajes psicológicos e informes médicos de los cinco protagonistas. En el caso de quien fue pareja de Daniel Zamudio por tres años, en el relato no aparece con su nombre verdadero, en virtud del derecho básico de no dar a conocer públicamente la opción sexual de quien no lo haya hecho de forma voluntaria en el pasado. El mismo principio se aplicó en otros casos. El libro estará en librerías desde la próxima semana.



**El mes pasado** se cumplieron dos años desde la muerte de Daniel Zamudio, un hito en la lucha por los derechos de las minorías sexuales en Chile. Sus asesinos fueron condenados en diciembre de 2013 a penas que fueron desde presidio perpetuo simple a siete años de cárcel.

# DANIEL COMENZÓ A CONFUNDIR SU REALIDAD CON LA DE JUAN IGNACIO;

a creer que el departamento, la plata, la ropa, el computador, eran también suyos, que siempre habían estado ahí.

